

RECENSIONES

MAURICE FLORY-ROBERT MANTRAN: *Les régimes politiques des pays arabes*. Presses Universitaires de France, París, 1968, 469 págs.

Los manuales de ciencias políticas y relacionadas con la política que aparecen en la colección «Thémis», publicada por las Presses Universitaires de France, vienen destacando y son muy conocidas por sus modos de cumplir los dos objetivos del rigor técnico y la claridad expositiva. Dichos manuales tienen por primer propósito el de proporcionar a los estudiosos unos instrumentos de trabajo, en los cuales no sólo se deparen y condensen los temas estudiados, sino que se busquen los métodos más prácticos de utilizarlos. En el volumen dedicado a los regímenes políticos de los países árabes, la utilidad práctica queda reforzada por el hecho de que el arabismo contemporáneo al tratarse desde Europa aparece con frecuencia deformado por prejuicios previos, sean favorables o desfavorables. Pero es necesario ir directamente hacia los hechos mismos del arabismo funcional actual, para lo cual el libro de Mantran y Flory es acaso la mejor introducción que hoy puede consultarse.

Desplegados sobre un reborde continuo que desde el Este al Oeste junta zonas que participan del Asia y Africa, los países árabes no sólo son los más directos vecinos de Europa, sino que forman parte del conjunto mediterráneo, tan íntimamente como España, Italia y Grecia. Maurice Flory y Robert Mantran dicen de los Estados del actual complejo árabe que «su larga historia se mezcla a la del Occidente en una especie de competición donde el ganador no ha estado siempre del mismo lado». En las relaciones del complejo arábigo y la Europa meridional se dio, por un lado, la circunstancia de que los conquistadores árabo-islámicos de los primeros siglos de la Hégira trataron de realizar en su propio favor la unidad del mundo civilizado de la cuenca mediterránea, ampliándola hacia el Oriente. Pero fueron contenidos por gobernantes y guerreros de los países de una Europa occidental que (según Flory y Mantran) «aún no era consciente de ella misma». Aquella Europa occidental tomó entonces sus formas características; no sólo ante lo árabe y frente a lo árabe, sino incluso adaptando para propio uso mucho de lo árabe. Aunque una vez hecha la adaptación los «occidentales» y los «arabizados» se volviesen en parte de espaldas; no pasando a ser contrarios, pero sí complementarios.

De todos modos, la interpretación no fue duradera, y lo que quedó de común se fue borrando con los siglos de dominación turca. Así se llegó durante el cristiano siglo XIX a una etapa en la cual los árabes se encontraron dominados por una civilización técnica europeizante en pleno desarrollo, y así se encontraron casi borrados del mapa político mundial. Sin embargo, la civilización arábigo subsistía como un fondo sólidamente arraigado que conservaba

RECENSIONES

su profunda originalidad. Maurice Flory y Robert Mantran recuerdan que «si la administración y la explotación pasaban entre manos extranjeras, la comunidad árabe conservaba su especificidad».

Uno de los ejemplos principales referentes al empeño arábigo de resistencia y duración ha sido el de lo colonial y post-colonial.

El moderno mundo árabe constituye en conjunto una de las principales explicaciones del fenómeno y la fase de la descolonización, pues ha salido de lo colonial quedando «*étonnamment préserve dans sa substance vitales*». Por sus formaciones religiosas, sus tendencias sociales, sus costumbres familiares, sus estilos de vida y pensamiento, etc., las sociedades arabizadas han conservado lo esencial de ellas mismas, resistiendo a unas influencias exteriores que trataban de seducirles con el bienestar material. Aunque después de logradas las independencias los Estados árabes traten de rehacerse materialmente por sus propios medios.

El referido libro parisino «subraya y destaca que el empeño de sobrevivir, realizado con formas incluso «subterráneas» o escondidas, así como el renacer de una tradición de formas políticas originales, constituyen una excepción suficientemente rara dentro del Tercer Mundo. Una excepción que merece ser definida y considerada con toda precisión.

Por ejemplo, el valor de la experiencia política árabe ha venido reteniendo la atención de los especialistas en muchas ramas de las ciencias humanas, entre los cuales figuraban muchos juristas; pero estos juristas se interesaban sobre todo por el derecho musulmán, que durante las dominaciones coloniales extranjeras se había visto relegado y reducido al derecho privado. Así llegó a olvidarse la existencia de unos conceptos arábigo-musulmanes sobre el Estado y las relaciones entre Estados. Aunque el derecho constitucional de antecedentes arábigo-islámicos no sólo fue descuidado porque sus países eran colonizados, sino porque el campo de investigaciones en materias constitucionales estuvo mucho tiempo centrado sobre los países europeos y los regímenes presidencialistas americanos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el marxismo de las «democracias populares» se agregó al campo de los estudios, y la ola de la descolonización en Asia Oriental, Africa negra, etc., se impuso por fin a la atención, aunque los regímenes políticos de la mayoría de los nuevos Estados copian o adaptan modelos más o menos europeos.

En cambio, los regímenes políticos de los países árabes no proceden de las grandes corrientes de la tradición occidental. Así, el comprender la vida política del mundo árabe (sobre todo en la parte referente a sus relaciones internacionales) exige una preparación especial para analizar unos regímenes en los que los valores arábigos y los europeizantes se combinan de varios modos muy complejos. No puede negarse que al construirse o reconstruirse los Estados árabes modernos han utilizado factores liberales, plutocráticos y marxistas, pero según unos criterios de selección influidos por lo arábigo-musulmán tradicional.

La obra de Maurice Flory y Robert Mantran responde al plan de ir mostrando, uno por uno, todos los países árabes bajo todos los aspectos relacionados con la plena comprensión de su vida política. Este es el contenido de la primera parte de dicha obra. Luego, en la segunda parte, se analiza sucesivamente las formas de gobierno inspiradas por los colonizadores, y las que representan el renacer de sistemas propios árabo-musulmanes. En la tercera parte se estudian separadamente los regímenes de cada país. Y en la cuarta se trata del complejo general de las relaciones exteriores y sus diferentes sectores. Es decir, relaciones con los antiguos colonizadores, relaciones interárabes, relaciones especiales en conexión con el problema de Palestina y relaciones res-

RECENSIONES

pecto a las solidaridades del Tercer Mundo, y el papel árabe en el neutralismo dentro y fuera de la O. N. U.

Todo esto debe quedar comprendido dentro de las líneas cardinales de unos encuadramientos que son comunes al mencionado libro parisino y a todos los demás que traten del devenir árabe y neo-árabe contemporáneo. Son los de que al enfocar la evolución en curso de unos países empeñados en tomar por puntos de enfoque unas tradiciones remotas, no buscan apoyarse sobre aquel pasado para dar forma al presente, sino utilizar el presente para sacar del pasado todo el sentido que se precisa, para seleccionar en el presente sus posibilidades de mayor autenticidad.

La selección está, por otra parte, orientada hacia el afán constante de definir y poner en acción el factor que une a los diversos componentes del moderno «mundo árabe» (concepto que en realidad es reciente, pues sólo se concretó prácticamente desde que el año 1945 comenzó a funcionar la Liga de los Estados Árabes, que tiene su sede en El Cairo). La definición humana actual del factor árabe viene a ser la de que: «es árabe todo hombre cuya lengua originaria es el árabe o habite en territorio árabe», lo cual no sólo hace del arabismo algo diferente de los factores religiosos y los raciales, sino también de los territoriales. Al depender de los lazos del idioma depende también del espíritu de ese idioma; o sea, de un acto de decisión verbal que se conserva y refuerza voluntariamente.

Esa misma abstracción ideal del principio del arabismo hace que no pueda influir sobre las diversas formas de los regímenes políticos de sus Estados. El libro de Flory y Mantran detalla minuciosamente dichos regímenes locales y sus subdivisiones en grupos regionales: como el de los países del Magreb, el de los del grupo egipcio, el de los independientes, etc. Pero las semejanzas de posiciones geográficas, de problemas de desarrollo, aspiraciones, cambios de estructuras familiares y de grupos sociales, principales amigos y adversarios en lo internacional, etc., conservan la tendencia predominante a que a pesar de las diferencias de regímenes y condiciones, los Estados árabes tiendan a no perder las líneas de contacto de sus evoluciones paralelas. Un punto muy importante es, por último, el de la proyección del grupo de los Estados árabes sobre la O. N. U. y el del papel desempeñado por los mismos Estados dentro del sistema de la organización mundial. El libro de Flory y Mantran detalla ambos factores, que presentan varios aspectos sugestivos. La función de los Estados árabes en las Naciones Unidas no ha cesado de ser importante, por el papel que dichos Estados desempeñan como eje político, y porque ningún otro grupo de Estados ha ocupado tanto por sus problemas propios la atención de la O.-N. U. de su Asamblea General y del Consejo de Seguridad. Además los árabes no sólo actúan como organización regional de la O. N. U. en Oriente (por medio de su Liga de El Cairo), sino como núcleo de vanguardia del conjunto del Tercer Mundo.

RODOLFO GIL BENUMEYA

W. W. ROSTOW: *Los Estados Unidos en la palestra mundial*. Editorial Tecnos. Madrid, 1967, 602 págs.

La razón principal que impulsó al autor de este libro a su redacción y publicación se debe al proyecto que la *Institución Carnegie* abrigó, durante los años de 1955 a 1958, de dedicar una amplia y profunda serie de trabajos al estudio de la posición de la sociedad americana, su política exterior y militar. El libro, pues, a grandes rasgos, constituye, efectivamente, «el esfuerzo de un

hombre para definir de dónde procede su sociedad, dónde se encuentra, con qué peligros se enfrenta y en qué direcciones estriba una respuesta adecuada». Cumplir cada uno de los objetivos indicados supone una labor titánica que, sin embargo, el profesor W. W. Rostow ha realizado con asombrosa facilidad.

Tres son, a nuestra forma de ver, las claves más importantes del libro: el tema del estilo nacional, el tema de la sociedad norteamericana y, por supuesto, el tema de su desarrollo económico. Este libro, por tanto, es—como ha subrayado su autor—un largo ensayo sobre la historia americana naciente.

La obra, en realidad, se inicia con el tema de «La Segunda Guerra Mundial». No obstante, a modo de obertura, ha querido el autor exponer las líneas generales gracias a las cuales se produjo el magnífico desarrollo político-económico del pueblo americano y la transformación de dicho pueblo en una sociedad industrial. La evolución económica de los Estados Unidos desde 1780 hasta el presente—afirma Rostow—puede ser considerada como una versión especial de una experiencia general. Como muchas otras sociedades, los Estados Unidos formaron gradualmente las condiciones previas para un desarrollo sostenido; avanzaron por un despegue claramente marcado hacia la industrialización en las dos décadas anteriores a la guerra de Secesión; se concentraron durante dos generaciones más en la extensión de los intentos de la tecnología moderna al grueso de sus recursos, y luego pasaron a dedicar sus esfuerzos (y a dar nueva forma a sus costumbres) a la tarea de difundir a la masa de ciudadanos americanos el consumo elevado que puede suministrar un sistema industrial completamente modernizado en una sociedad rica. En el cuadro que antecede tenemos, ciertamente, las fases de ese desarrollo americano que, hoy por hoy, no tiene parangón con ningún otro.

Pero es, quizá, en la Segunda Guerra Mundial en donde ese desarrollo—y no sólo económico—alcanza su máxima cúspide. La Segunda Guerra Mundial supuso, exactamente, un reto directo al estilo nacional y al concepto americano del interés nacional. Comprendemos, pues, el detenimiento, la penetración y el análisis casi exhaustivo que el profesor Rostow hace de ese dramático, pero, a la vez, definitivo período que se transformó en la gran «experiencia» que faltaba al pueblo americano. Período de prueba para comprobar el equilibrio, la compenetración y armonía entre la Administración civil y la militar. Período de prueba utilísimo para medir la inteligencia de los políticos americanos que, en efecto, produjeron cuatro figuras claves de la historia de la política y de la diplomacia norteamericana: Roosevelt, Hull, Stimson y Marshall. Con estos hombres—piensa Rostow—se comprobó, además, la eficacia del régimen presidencialista puesto que, en un tiempo de conflicto a vida y muerte, un presidente fuerte—el caso del presidente Roosevelt—puede llevar a cabo todos los asuntos graves del país. Nadie mejor que el presidente para tener una visión unificada, plena y decisiva de la política que más conveniente resulta.

La Segunda Guerra Mundial confirmó la potencia militar de los Estados Unidos. Potencia que ya no abandonaría en adelante y que—según el autor—hay que cifrar en tres importantes causas, a saber: la revolución de la guerra en la tecnología militar dejó a los Estados Unidos con la máquina militar más avanzada del mundo, la única que estaba equipada con armas atómicas y la única que estaba en condiciones de controlar las fuerzas terrestres soviéticas, que, de otro modo, habrían permitido a la Unión Soviética el dominio de la escena posbélica. En segundo lugar, la nación había desarrollado una fuerza aérea estratégica que podía lanzar las nuevas armas contra cualquier enemigo posible, posibilidad a la que ninguna nación podía aspirar en los años inmediatos a la posguerra, y, en tercer lugar, la nación tenía un cuerpo de militares profesionales hábiles, maduros y confiados, a los que las experiencias de la

RECENSIONES

guerra les había proporcionado una nueva visión de los problemas y responsabilidad de amplitud mundial de la nación.

Dos importantes capítulos están consagrados al estudio de los mandatos presidenciales de Truman y de Eisenhower, épocas, como es sabido, de gran significación en la vida americana. La primera, por ser reflejo directo del duelo político entre Truman y Stalin. Duelo favorable siempre al presidente norteamericano, aunque, hagámoslo constar, no por habilidad o estrategia política, sino por energía, recursos y potencial militar. Es lamentable recordar a este respecto la firmeza de Truman al forzar la retirada soviética del Irán en marzo de 1946 y conformarse, desventuradamente, con eso solo. La época de Eisenhower, que supone, frente a la de Truman, un giro profundo en la concepción ideológica de la política, está también muy ampliamente estudiada por el profesor Rostow. Se ha dicho que la época de Eisenhower es una época de crisis en la política americana y, sin embargo, en nuestros días, se la recuerda con cierta nostalgia. Recordemos muy brevemente los principales logros de su administración: redujo el presupuesto, contuvo el crédito excesivo, liquidó la guerra de Corea e introdujo en el Ejército—como excelente militar—técnicas y estrategias hasta entonces no conocidas. Sin embargo, no fue, esto es cierto, un innovador político y, acaso, como expone el profesor Rostow, fue más premioso que sus predecesores en resolver o evitar los problemas. Sus soluciones llevaban el sello inconfundible de los hábitos de un Jefe de Estado Mayor.

El libro, lamentablemente, no alcanza la época de John F. Kennedy, aunque se hacen algunas predicciones importantes como, por ejemplo, la del peligro de China y los procesos de los lentos cambios ideológicos que, en la actualidad, acontecen en la Unión Soviética. El libro del profesor Rostow es, por otra parte, un magnífico documento para estudiar en su conjunto no sólo la historia político-económica americana, sino, a la vez, la historia y la política de Europa.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

PISMENNY, GEORGE (Ed.): *The Soviet Union and Latin America*.—Munich, Studies on the Soviet Union, vol. VIII, núm. 2/1968, Institut for the Study of the U. R. S. S., 186 páginas.

Los materiales que componen esta publicación sobre la política exterior soviética hacia los países sudamericanos tienen su origen en un simposio que tuvo lugar del 20 al 21 de mayo de 1968 en el Instituto de Estudios sobre la U. R. S. S., en Munich. Participaron cincuenta y tres representantes especializados en esta materia, y procedentes de las dos Américas y de Europa. No acudieron a Munich los invitados soviéticos Volsky y Alpcrovich, de Moscú, aunque el primero, que es director del Instituto Latinoamericano de la Academia moscovita de Ciencias, contribuye con un trabajo sobre la nueva fase de la lucha popular.

El encuentro internacional de soviólogos responde al cincuentenario de la Revolución de octubre de 1917, y de la existencia del régimen soviético. El fondo de la problemática se cierne en torno a tres factores en las relaciones soviéticas con el mundo iberoamericano: 1.—Relaciones con América latina entre las dos guerras mundiales; 2.—Período desde la Segunda Guerra Mundial, y 3.—Fenómeno castrista.

La política exterior soviética en Iberoamérica puede ser considerada, durante el período señalado, como fracaso completo. Esta política quedaba encuadrada en las actividades del Comintern. En los primeros años que siguie-

ron a la Revolución de octubre, algunos países incluso simpatizaban con el experimento bolchevique. Sin embargo, y es un hecho muy significativo, Méjico se decidió por su propio camino revolucionario. Los emisarios soviéticos del Comintern no encontraban terrenos para sus planes y aunque en 1924 se establecen relaciones diplomáticas entre el Kremlin y Méjico éstas se rompen ya en 1930, debido a la intervención en los asuntos internos mejicanos. La Legación soviética en aquel país fue descubierta como centro de propaganda y malestar político. La situación no se normaliza hasta 1942. En otros países del subcontinente las cosas llevaban la misma cara. Las causas de los fracasos soviéticos se debían, entre otras cosas, a la ignorancia soviética respecto a América latina, desconociendo por completo las tradiciones de sus pueblos, sus aspiraciones, a sus líderes. Los métodos y las tácticas puestos en práctica fueron inapropiados para las condiciones peculiares de los países en cuestión.

La Segunda Guerra Mundial abrió a la U. R. S. S. nuevos horizontes de actividad política. Su papel en el conflicto influyó considerablemente para que el «Tercer Mundo» pasara a formar parte de un amplio programa de infiltración soviética en América latina. La descolonización general del mundo fue aceptada en muchos medios como contribución soviética a la lucha contra el imperialismo. A pesar de ello, los Soviets siguen tropezando con el ambiente sudamericano. La enorme distancia de los mares grava enormemente la economía soviética en su penetración política, ideológica y cultural en América latina. El fenómeno castrista no parece ser propicio para implantar la Revolución a la manera de Che Guevara u otros protagonistas de la violencia o lucha armada.

También en este caso queda comprobado que la infiltración soviética se hace, cada vez más, entre las masas sin debida instrucción escolar y política. Los intercambios folklóricos y culturales, en general, tienen un fin bien determinado: demostrar que la cultura soviética es superior a la occidental. Explicación: según las tácticas del Kremlin, cuanto más civilizado sea un país menos atención se prestará al folklore... y viceversa. Los intercambios culturales entre la Unión Soviética y los países latinoamericanos tienen su origen en esta premisa, quiérase o no. Este hecho sólo prueba que los Soviets han hecho, en efecto, bastantes progresos en reducir su ignorancia sobre los pueblos y los países del «Tercer Mundo». Los errores de la política exterior norteamericana ayudan a los Soviets. Aparte de eso, la naciente burguesía latinoamericana va solucionando algunos problemas económicos y sociales, en la ciudad y en el campo, que según confiesan los propios soviéticos no es un terreno demasiado propicio para la agitación revolucionario-comunista.

La «Alianza para el progreso» no ha triunfado, tampoco fracasado, en su programa. Era un intento de resolver los problemas pendientes con el fin de preparar nuevos programas de desarrollo económico, social y educativo-formativo. Es decir, para evitar que las masas latinoamericanas cayeran, como fruto maduro, en manos del comunismo internacional. Este objetivo los Soviets no se lo perdonan a los norteamericanos. Por ello, sigue siendo el principal objetivo de ataques soviéticos, desde todos los puntos de vista. El único fin del Kremlin es la instalación del régimen socialista a su ejemplo, contra la influencia china y la de La Habana. Es otro de tantos problemas con que se enfrentan los soviéticos en los países latinoamericanos.

Después del fracaso de Che Guevara, los Soviets no comparten las ideas castristas de combatir a la «reacción» con armas. La coexistencia pacífica no permite esta clase de lucha de «clases». Castro va perdiendo posiciones, y con él también los Soviets, especialmente desde la famosa crisis de octubre de 1962. La última Conferencia latinoamericana de solidaridad es una excelente prueba de ello. No, los Soviets no consiguen poner pie en América latina. Porque es

RECENSIONES

difícil suponer que el indio acepte sin más sus promesas, que nunca llegan a cumplirse. También en este aspecto han fallado los revolucionarios—hoy día ya aburguesados—del imperio soviético.

Habría de preguntarse sobre si Castro no ejerciera la misma política de presión hacia la U. R. S. S. que De Gaulle frente a los Estados Unidos. Es posible, ya que la influencia francesa en América latina sigue siendo considerable; desde 1789, sin embargo, este dilema es, por el momento, sólo un dilema. Los Soviets tratan de «domesticar» la revolución cubana para que no resulte ser contraproducente para el movimiento internacional comunista, dentro del cual los Soviets intentan, todavía siempre, conservar su papel de líder. En cualquier caso, América latina es un área periférica en la estrategia global del comunismo soviético y Fidel Castro es un elemento poco confortable para el Kremlin. Porque crea más problemas de los que pueda resolver.

STEFAN GLEJDURA

RAYMOND CARR: *España, 1808-1939*. Traducción de Capella, Garzolini y Orberg. Resumen de Romero Maura. 1 vol. de 734 págs., con varias tablas y mapas y tres índices (bibliográfico, alfabético y de ilustraciones), Barcelona. Colección «Horas de España». Ediciones Ariel, 1969, 625 pesetas.

El libro de Carr ha suscitado una considerable atención en los medios intelectuales españoles, aunque antes de su traducción ya era conocido. Esta edición española, con prólogo especial del autor, ha sido corregida por el mismo, a lo que parece para recoger hasta lo posible las más recientes aportaciones historiográficas, y para insertar, en un capítulo, una adición de Romero Maura, desde luego importante. El libro es en conjunto una buena obra y nos gusta; es muy densa, de «difícil lectura», nota de la que se defiende el autor: a nosotros nos encantan estos libros, porque significan aprovechamiento intensivo del contenido y no desperdicio. Aparte de ello, parece que ha querido ser objetivo, y lo ha logrado en la medida en que lo permitía su formación británica—y su nacionalidad inglesa—, con la inevitable y quizá inconsciente secuela de ver de «determinada manera» los asuntos españoles. De todas formas, aun discrepando en algunos aspectos parciales de las apreciaciones filtradas, la obra es francamente buena y útil. Pero no resulta de fácil crítica para nuestros lectores, porque el autor, en su introducción, advierte que se ha ocupado «muy poco» de los asuntos exteriores, que son los que aquí nos interesan. Y esto es sintomático. Quizá el autor ha querido escribir un libro de historia político-social interna, lo que ya implica una limitación difícilmente practicable, por respetable que sea un criterio. Pero quizá el autor ha obrado bajo la idea británica de que la España moderna no tiene por qué tener *aussenpolitik* (con el complemento de que siendo un subprotectorado inglés se le ahorraría esa molestia). Y esto es difícil. Primeramente porque como la obra arranca de la presentación de la España prerrevolucionaria (o sea preinvasada) del siglo XVIII, le resulta imposible escapar a la realidad de que entre 1763 y 1825—antes y después de Versalles, Trafalgar y Viena—España tuvo un importante papel, a veces activo, a veces pasivo, en el cuadro de las relaciones internacionales. Luego, porque aun «entrada en su tienda», según la frase del autor español Madariaga, hizo salidas dignas de breve pero insoslayable mención, y fue objeto de acciones exteriores, no menos consignables. Desde la *intervención* realista francesa de los «Cien hijos de...» al Comité de No-intervención (?), pasando por la cuádruple de 1834, por el veto de 1859, las aventu-

RECENSIONES

ras de 1847, 1860, 1861, 1862, 1863, 1866, el nuevo veto a Leopoldo de Hohenzolern; el *Virginius*; los protocolos de 1877 y 1855, la *Triplice*, las tartarinadas de 1880-93, la brutal agresión de 1898, los intentos de 1900-02-04-07-12, la neutralidad en las dos grandes guerras, etc. La prueba de que esta actividad—o pasividad—exterior no podía olvidarse, es que el libro la recoge siquiera más o menos en estilo telegráfico, por comparación a la minuciosidad concisa de la atención dedicada a los acontecimientos internos. Sólo que además de ese contraste, nos parece apreciar—quizá estemos equivocados—otro de temperatura: mayor frialdad, es decir, más objetividad en el relato interior; mayor menosprecio y lente británica en el relato externo. Lo que no excluye la agudeza de ciertas indicaciones y un encomiable reconocimiento de la verdad en diversas ocasiones. Ya quisiéramos que las demás plumas anglosajonas se aproximaran a Carr, al ocuparse de España. Además, pocos historiadores—salvo los especialistas como Nadal y Vicens—han puesto tan claro el influjo del capital extranjero en nuestros vaivenes políticos del tormentoso período decimonónico recogido por el libro. Por último, los paralelismos biográficos entre personajes españoles y británicos, son enormemente ilustrativos.

La obra empieza antes de lo que indica su título, porque arranca de la España absolutista o «ilustrada» del siglo XVIII, insistiendo con singular acierto en lo serio de las tentativas de reforma—social, económica y administrativa—que acometieron cerebros que se anticiparon a su medio—el humano y el natural—, por lo que no pudieron sino sembrar semillas, en muchos casos infecundas: estropeadas. Con todo se ven las mejoras en el sistema ultramarino que elevaron a América y a España, provocando la apetencia inglesa, disfrazada del deseo de adueñarse del comercio; porque felices asaltos frontales apenas hubo—Trinidad—, siendo más bien fugaces—Cuba, Río de la Plata—. El lastre de la alianza con Francia queda claro, y los complejos motivos de la guerra de la Independencia y de las mil subguerras que implicó, también. Profundiza el autor sobre aspectos de los contactos hispano-británicos y su influencia interna; los propósitos de la España afrancesada, el gran fraude del abandono de *todos* en 1814-15 y la descarada ayuda inglesa no a la emancipación de América, sino a la desintegración de una América que fatalmente se emancipaba y pudo haberlo hecho más ordenadamente. Por cierto que mezcla curiosas observaciones sobre el papel de Canning y el de Wellesley; el influjo de los exiliados y ex prisioneros que volvieron; la pasividad española ante la invasión de 1824—que supone inspirada en motivos económicos, interpretación mezquina e inexacta—y, en fin, los padrinazgos exteriores en el forcejeo entre liberales y carlistas.

Más fragmentarios son los datos sobre los influjos y acontecimientos exteriores en el largo período isabelino. La mejor y más útil aportación de la minuciosa labor del autor es la que se consagra a la influencia de los capitalismo e inversionismos extranjeros, y de las corrientes foráneas de difusión ideológica y subversiva. Muy animado siempre el tono del relato, lleno de sorprendentes objetividades y ponderaciones biográficas, se hace más minucioso al aproximarse a la Revolución (68-74), Restauración, Regencia y Reinado de Alfonso XIII. La agresión yanqui se carga a los *jingoes* populares, más que a los políticos—lo que puede ser quizá exacto pensando en Mac Kinley, pero no en Theodoro Roosevelt—, y en cuanto a Marruecos el relato se empequeñece con explicaciones domésticas. No escribe mucho sobre la mentalidad regeneracionista española; bastante y no siempre tan acertado, sobre Primo de Rivera (su orientación exterior apenas se nombra), y acusa una visible influencia de las corrientes que como la de Hugh Thomas fueron favorables a uno de los dos bandos en la guerra de 1936-39, no ya por la razón visible de su tendencia política, sino por la subconsciente de sus intereses británicos. El relato del período 1931-36 es el más cargado de errores de apreciación, acaso bebidos en

RECENSIONES

fuente de incorregible desproporción. El breve epílogo sobre la guerra es quizá más objetivo en su frío relato; *frío* relativamente porque la ayuda fascista se ve por todos los lados, pero la antifascista (?) se atenúa insensiblemente. Los índices están muy cuidados. La bibliografía es muy nutrida. El autor no tiene la culpa de que hayan seguido apareciendo obras importantes, no recogidas en la edición que recensamos, pero que sin duda lo serán en otras ulteriores. Porque auguramos nuevas ediciones al libro, que es importante y bueno en su conjunto, y que no respira antipatía hacia España—cuando más algún subconsciente desprecio, muy insular—y sí un buen deseo, tocado de paternalismo victoriano; como ese que los insulares exhiben a cada paso—con motivo o sin él—cuando nos aconsejan lo que tenemos que hacer para regenerarnos, desde el ensanche de «su» Gibraltar al fomento del rebrote de la anarquía. Pero este final se aleja de la obra personal de Carr, auténtico investigador y colosal estudioso, al que con gusto veríamos por España, enseñando y aprendiendo simultáneamente.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

FRANCISCO V. SEVILLANO CARBAJAL: *La diplomacia mundial ante la guerra de España*, Madrid, 1969. Editora Nacional. 1 vol. de 488 págs. 400 pesetas.

Acudimos a la librería donde se vendía esta obra, con un enorme interés y gozándonos por anticipado con su desconocido contenido. El autor, ex embajador de España, publicó en 1936 una obra no superada «La España..., ¿de quién?: ingleses, franceses y alemanes en este país». El tema, de por sí sabroso y pobre en literatura nacional, aunque no tanto como el autor dice en su prefacio, donde cita sólo una obra de Padelford—le han compuesto «Padelfors»—y un par de colecciones documentales. Basta repasar la magnífica lista, clasificada cuidadosamente, de la obra de García Arias, «La Política Internacional en torno a la guerra de España (1936)», publicada en 1961, para comprobar la existencia de abundantes libros—sea cualquiera su valoración—, precisa para la tarea del señor Sevillano. Además un generoso prólogo de un joven y valioso diplomático—don Manuel Fraga—estimula la atracción al libro. Sentimos y debemos decir honradamente, que al concluirlo, un profundo sentimiento de defraudación nos invadió. No vea en ello el lector menosprecio por el meritorio esfuerzo del autor, que tiene setenta y nueve años—si llegamos a su edad no seremos capaces de escribir como él, porque el caso de don Camilo Barcia es excepcional—y que preparó su trabajo en 1936, en La Haya, no habiéndolo podido publicar hasta más de treinta años después. Vea el lector un imperioso deber de explicarle lo que es el libro, para que no lo abra y luego se sienta como engañado. La obra es ambiciosa. Y es útil. Pero tremendamente incompleta, como veremos. Incluso en la obra de historiografía general, como la de Díaz-Plaja, «La guerra de España en sus documentos» (hay ediciones de la Editora Nacional y de Plaza y Janés) aparecen textos importantísimos, omitidos, inexplicablemente, por el señor Sevillano, como el Acuerdo de Nyon de 17 de septiembre de 1937. No busque tampoco el lector los pactos concluidos por la España Nacional con Alemania, Italia y Portugal—repetidamente divulgados dentro y fuera de España—, ni menos los no tan divulgados que concluyó la España roja con Francia, México y la U. R. S. S., *inter alia*. No busque tampoco el texto íntegro de los acuerdos sobre patrullaje internacional del litoral español, de los que se insertan resúmenes de tono periodístico. Porque este sí es un reproche que formulamos respetuosamente al señor Sevillano, con el deseo de que en una segunda edición de su libro le sea útil; la mayoría

RECENSIONES

de los textos procede del «Bulletin Bibliographique de Documentation Internationale Contemporaine», o del parecido «Bulletin Quotidien» (francés) de Prensa Extranjera, o de simples recortes periodísticos. Y esto, bibliográficamente, no vale: o se va a la fuente, que se reproduce autorizadamente, o se señala que se trata de resúmenes o notas sin pretensión documental *in extenso*. Valen incluso los resúmenes de colecciones: si son oficiales. Los otros, no; porque pueden ser—y de hecho lo fueron—sospechosamente parciales, dada la posición internacional del país que los preparó y difundió. Con lo cual dicho queda que tampoco el señor Sevillano nos ha desvelado—y ello sería hazaña memorable por el sigilo con que se guardan—lo que los sudamericanos llamarían «trata-tivas y repartijas» en torno a España, por parte de ciertas cancillerías que se creían transportadas mentalmente a 1680 ó 1700. Aparte de ello hay algún gazapo escueto—que sepamos, Yangüas Messía nunca fue ministro de Relaciones o Asuntos Exteriores de la España Nacional, que en 1936 sólo tuvo un secretario para tales Relaciones, si no recordamos mal el señor Sangroniz—. Y concluimos, porque lo estábamos deseando, el indispensable pero odioso aspecto crítico, de puntualización, para pasar al más grato, que se merecen el autor y su esfuerzo, de relato del contenido de la obra.

Esta se distribuye en XVII capítulos, que abarcan 278 documentos o, mejor, textos, aparte de un cuidado índice onomástico. El I se dedica al panorama político internacional y la no-intervención, sobre la cual digamos de paso que discrepamos profundamente del autor en su buena intencionada apreciación de que León Blum e Ivan Delbos hicieron «un gran favor a España» y salvaron a Europa de la guerra. Un profesional, un ex embajador, no puede ser tan bondadosamente cándido. Ambos personajes se volcaron por el Frente Popular, sin llegar a más por temor, no sólo a Londres, sino a Berlín y Roma. Blum se disputa con Auriol y Mollet el triste honor de ser el posible padre de la frase «lo que nos conviene es que la España que salga de la guerra, sea la que sea, salga deshecha». Esta parte recoge la iniciativa francesa de la llamada sarcásticamente «no intervención» y las respuestas ante ella, con escuetas indicaciones de las normas legales dictadas en los principales países. Hay trozos de discursos, notas-verbales, comunicados y, en fin, un cierto «complejo de contenido». En la II, Constitución y funcionamiento del Comité Internacional de Londres, se recogen más bien los comunicados del Comité sobre sus sesiones (las normas internas del Comité faltan). En la III, Infracciones al acuerdo de No-Intervención, vuelve la mezcla: discursos (parte), notas, comunicados y hasta telegramas. El IV, Medidas de aplicación del acuerdo y debates en el seno del Comité, sigue la varia materia. El V, La Cuestión de los Voluntarios, tiene muchas notas y declaraciones. En el VI, Mediación y Control, se dan al lector dedadas de miel sobre las iniciativas de mediación, que dejan con ganas de conocer más. El VII se consagra a la Política de No-Inmixinión (que es un gracioso distingo aplicado a Estados Unidos y Suiza, no obstante la disparidad de conductas). El VIII, Rupturas y reconocimientos, se parece a los anteriores, empeorados: sobran textos, como un telegrama de Hess—el solitario de Spandau—, que no significa nada, salvo—en hipótesis—complacer a algún viejo posible lector anglofrancés cuyo reloj se haya parado en 1936; y faltan los reconocimientos de El Salvador y Guatemala. El IX, Anticomunismo, es también un tanto extraño el objetivo de la obra, aunque el autor habrá tenido sus razones para exhumar partes de los discursos de Rosenberg, Hitler, Hess y Litvinof, al lado de otros de Churchill y el Gran Rabino de Francia. El X, Tánger y Marruecos, es riquísimo en omisiones, no todas imputables al autor. También lo es el XI, Baleares y el Mediterráneo, en el que por lo menos deberían venir *in toto* los acuerdos Lord Perth-Ciano y Eden-Ciano («Gentlemen's Agreements», aunque sus firmantes fueran tipos especiales de *gentlemen's*). Algo dice el breve capítulo XII, Andorra-Llivia, sobre aspectos poco conocidos

RECENSIONES

de la contienda diplomática en el Pirineo (de la proyectada invasión de Garmelin, cuando la crisis de los sudetes, no se habla una palabra). El XIII, el Derecho de Asilo y la Protección de Extranjeros, es más mezclado. Más documental y menos útil es el XIV, la Guerra de España en la Sociedad de Naciones, a base de trozos de intervenciones oratorias y de alguna resolución. El XV, la Humanización de la guerra, contiene algunos textos poco conocidos (por ejemplo, circulares de la Cruz Roja). El XVI, el Nacimiento de las dos Españas, es francamente pobre: dar la Ley (?) de 1 de octubre de 1936 a través de su versión en un *Bulletin* francés, en lugar de reproducir su breve texto del *B. O. del Estado* español, nos parece simplemente arbitrario. El capítulo XVII, El futuro de España, no dice nada: un artículo del *Times* y unas declaraciones (del 18 de mayo de 1936, o sea, antes de la guerra) de Maeztu, no parece que basten para nutrir tan prometedor título. Y eso es todo. Pedimos perdón al lector si involuntariamente nos ha resultado una recensión severa: es que el tema apasiona y exige mucho; que admiramos al autor y que incluso la colección en la que se publicó la obra registra otras más sustanciosas. Dijimos la verdad, tal como la percibimos. El esfuerzo del señor Sevillano merece aplauso. El tema merece un libro cuyo contenido responda a su enunciado con más profunda exactitud.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES

RICHARD V. ALLEN: *¿Paz o coexistencia pacífica?* Chicago, American Bar Association, 1967, XX más 200 páginas.

En 1963, la *American Bar Association*—por medio de su Comisión permanente sobre educación acerca del comunismo—encomendaba a Richard V. Allen—director del Programa de estudios sobre el comunismo del *Center for Strategic Studies* de la *Georgetown University*—la elaboración de una monografía consagrada al tema de la estrategia comunista de la coexistencia pacífica. En 1964 se publicaba el fruto del trabajo encargado, y posteriormente el estudio era puesto al día. Es la obra que reseñamos aquí.

La primera parte de este volumen va dedicada (52 páginas) a la valoración del llamado *nuevo hombre comunista*, a través de una serie de facetas: el humanismo comunista, la educación, la literatura y el arte, los medios de comunicación (prensa, radio, televisión, cine), religión y ateísmo, la moral comunista. Las dos últimas secciones de esta parte enjuician la cuestión de la imagen del Oeste—sistemáticamente desfigurada—según la óptica soviética, y el asunto de la postura soviética ante la teoría de la convergencia.

La parte más extensa del texto (75 páginas) se ocupa de la *coexistencia pacífica*, en sus múltiples perfiles.

En primer lugar, señalamos que, para el autor de la obra comentada, es Stalin quien primero afirmó—en discurso al XV Congreso del P. C. U. S., en 1927—que la coexistencia constituía «una posibilidad temporal trazada para ganar tiempo» (vid. pág. 67). Aunque Mr. Allen reconozca las referencias a la coexistencia que cabe encontrar en Trotsky y Lenin (y no sólo en ellos, como se ve leyendo—por ejemplo—a T. I. Kis). En todo caso, sabemos que el término será utilizado por el comunismo contemporáneo—de Kruschev a Breznev—. Ahora bien; nos hallamos ante una expresión cuyo contenido ha cambiado radicalmente desde los tiempos de su acuñación (cons. pág. 69), para acomodarla a un nuevo tono, *ofensivo*. Dándose la sorprendente paradoja de que el período contemporáneo de la coexistencia *pacífica* encuadre hechos *tan poco pacíficos* como la construcción del muro de Berlín, la instalación de *missiles* en Cuba y la ampliación de la guerra del Vietnam (vid. pág. 69).

RECENSIONES

De ahí la razón de que el autor citado vea en la coexistencia una «doctrina sutil y estratégica planeada para servir a la causa del movimiento comunista mundial, buscando la *revolución proletaria*» (cons. pág. 63). Y aquí es de señalar que la obra recensionada penetra en particularidades tan relevantes como *las victorias* de la coexistencia pacífica (por ejemplo, el Tratado sobre prohibición parcial de pruebas nucleares, de 1963).

Por tanto, se impone salir al paso—como hace Bertram D. Wolfe en el prólogo de este estudio—de las ilusiones contenidas en toda una serie de fórmulas del comunismo—«cambios tácticos engañosos»—que se remontan a la Nueva Política Económica de Lenin y que llegan hasta nuestro tiempo, con el «espíritu de Ginebra», el «espíritu de Camp David», el «espíritu de Glassboro»... En este camino, Mr. Wolfe—de la *Hoover Institution on War, Revolution and Peace*—no duda en referirse al «peligro del mundo intelectual en nuestras Universidades» (pág. XVIII).

La conclusión (cuatro páginas) va encaminada a advertir el profundo peligro que encierra, para el llamado mundo libre, la confusión de la *ilusión de paz* con la *paz verdadera*.

El libro comentado lleva (en diez páginas) un glosario de términos comunistas: desde *agresión* hasta *zona de paz*. Parejamente, un apéndice presenta (en menos de cinco páginas) un significativo fragmento del Programa del P. C. U. S., 1961 (sobre la *coexistencia pacífica y la lucha por la paz del mundo*).

Otro punto a resaltar es que en 25 páginas se ofrece una lista seleccionada de fuentes, con—en menudos tipos—todo un abanico de publicaciones: *Borba*, de Belgrado; *Cuba Socialista*, *España Republicana*, *German Foreign Policy*, de Berlín Oriental; *International Affairs*, de Moscú; *L'Humanité*, el *Kommunist*, *Moscow News*, *New Times*, *Peking Review*, *Pravda*, de Moscú; *Voprosy Filosofii*, la *World Marxist Review*, etc.

El volumen termina con un índice de seis páginas (págs. 195-200).

Resumiendo, Richard V. Allen pasa en revista los elementos cumbre de la política exterior y de la propaganda de la U. R. S. S., en tanto que *guerra fría disfrazada de coexistencia pacífica o de «détente»*.

Con tal intención, vemos que en la monografía reseñada se da entrada a todo un cúmulo de factores clave de nuestra época revolucionaria: alianzas, armas ideológicas, armas nucleares, bloques militares agresivos, campo capitalista, campo imperialista, campo socialista, «capitalismo a gatas», carrera de armamentos, coexistencia ideológica, coexistencia pacífica (en sus variados aspectos: como se ha advertido en párrafos precedentes), comunidad socialista mundial, Conferencia tricontinental, convergencia, crisis cubana de los cohetes, chantaje nuclear, Derecho internacional, desarme, disputa chino-soviética, estrategia, guerra (y clases de ella), chauvinismo, imperialismo, lucha de clases, medios de comunicación, movimiento de liberación nacional, naciones en desarrollo, Naciones Unidas, neutralismo, odio, paz, propaganda, religión, socialismo, subversión, táctica, transición del capitalismo al socialismo, violencia, zona de guerra, zona de paz...

En esta labor, el autor se ha tomado el trabajo de examinar una enorme masa de textos comunistas: un conjunto de varios miles de declaraciones, que ha extraído de tres millares de artículos, libros, documentos y discursos de origen comunista. Desde luego, Mr. Allen reconoce la vastedad de la literatura del comunismo. Y, en tal tesitura, subraya cómo solamente las fuentes originales—los trabajos de Marx, Engels y Lenin—suman más de 75 volúmenes. Aparte, los miles de trabajos complementarios—incluyendo los de Stalin y Mao Tse-tung—, escritos para desarrollar las teorías contenidas en las fuentes originales.

Todo ello con una finalidad máxima: resaltar «la sorprendente continuidad

RECENSIONES

de los dogmas básicos del comunismo, desde los días de Marx—en el siglo XIX—hasta los días de Breznev y Kosyguin—en la segunda mitad del siglo XX».

Nos encontramos en presencia de lo que R. V. Allen ha llamado *patrón comunista de «tiranía institucionalizada»*. Aseveración que lleva consigo un lógico corolario: si de Stalin a Kruschev, y de éste a Breznev, ha habido evolución o adaptaciones, debidas a las circunstancias o a la experiencia, la realidad es que sigue inmutable el sentido del enfrentamiento entre el mundo comunista y el mundo libre. A todo lo cual va unido el esfuerzo de Richard V. Allen por demostrar que la llamada coexistencia pacífica no es una paz genuina, que en modo alguno estamos ante una política de «vivir y dejar vivir», de tolerancia mutua o de coexistencia ideológica.

Ese es—a fin de cuentas—el gran aleccionamiento a no olvidar en ninguna estimación de la problemática internacional vinculada a la dinámica comunista.

A la hora de hacer reparos—también, fin de cuentas—, indiquemos las erratas en las remisiones del índice a algunas páginas (así, las págs. 143-144 por las 145-146, etc.) o algún desenfoque en la perspectiva (como cuando se dice del COMECON que está planeado «para servir de *Mercado Común Comunista*»). Pero, sobre todo, un reparo importante: el «pintoresquismo» de algunos de los vocablos utilizados. Así, *dirigencia* (pág. XIV, 2); *cercado* capitalista, por *cercos* capitalista (pág. 68); elemento *llave*, por elemento *clave* (página 118), etc. Faceta no imputable—por supuesto—al autor.

Por consiguiente, pequeño volumen, pero serio y sustancioso; singularmente, para quienes se interesan *de cerca* por la problemática internacional revolucionaria.

Precisamente, una de las afirmaciones insertas en este libro es la siguiente: «*En Africa, Asia y la América latina (sic), los peligros para la paz van en aumento. En los últimos años, estos inmensos, y potencialmente ricos, Continentes se han convertido en escenarios para la continuación del conflicto entre el Este y el Oeste*» (cons. pág. 1).

Pues bien; dada por descontada la *intención* revolucionaria de la filosofía comunista, esa prevista explosión de violencia en los mundos del subdesarrollo, ¿no da que pensar en una acumulación de condicionantes *objetivos*, que—en última instancia—suponen una suma de graves fallos por parte del llamado mundo libre y opulento? En el marco de una Humanidad amorfa, insolidaria e irresoluta, ¿agobiante mezcla de pecados de acción de unos y de pecados de omisión de otros, hacia—de no variar, irremisiblemente—el infierno de la total deshumanización!

LEANDRO RUBIO GARCIA

